

#### CAPITULO XIV.

Concluye Soledad su historia.

Soledad quedó inquieta y triste, meditando en el efecto que habria causado su relacion en el ánimo de D. Felipe.

Acababa de saber que aquel hombre le amaba con todas las veras del alma; que aspiraba á su mano como al único bien que existia sobre la tierra, y temia que, dominando en su pecho el deseo á la razon, se creyese desairado y ofendido con la ingénu confesion de sus afectos.

Sin embargo, al lado de este alarmante pensamiento, se levantaba dulce y consolador otro, que, por generoso y noble, se aso-

ciaba mas íntimamente á los leales sentimientos de su alma sin mancilla.

Este pensamiento era que, en D. Felipe, cuyo franco corazon le era altamente conocido, dominaria acaso la generosidad, sobreponiéndose esta virtud á todas sus aspiraciones, y aun á su mismo amor.

¡Habia recibido (de su generosa mano tantas pruebas de abnegacion y de sincera amistad, que casi consideraba como un crimen el haber dado entrada á cualquiera otra idea de dureza y de severidad!

—Sí;—se decia á sí misma:—su alma es incapaz de ningun afecto que lleve el desconsuelo y la pena al corazon de sus semejantes: su pecho es magnánimo como el de un buen padre; sus sentimientos elevados y tiernos hasta la sublimidad, y sus ideas de justicia, invariables y rectas como las que forman el principal atributo de la diosa Témis. Sí; estoy cierta de que respetará mi dolor y mi infortunio; de que la sinceridad de mis palabras con respecto á su amor, no menguarán en nada su cariño y su benevolencia. Pero si me equívoco, si

por desgracia la debilidad humana supera en él á los sentimientos de generosidad, entonces me cabrá la satisfaccion de haber cumplido con un deber; de haber descargado mi conciencia de una superchería que me avergonzaba. Dejaré esta casa donde he vivido en la abundancia, y habitaré como antes, un humilde cuarto, donde solo Félix que me comprende, sorprenderá mis lágrimas y mi melancolía.

Dos golpecitos dados á la puerta en aquel instante, vinieron á sacarla de sus meditaciones.

—¿Quién llama?

Preguntó con dulce y conmovida voz.

—¿Se puede entrar?

Contestaron desde afuera.

—Dígnese vd. pasar, D. Felipe.

—Estaba impaciente por escuchar el fin de la historia comenzada:—dijo el señor Flan entrando y ocupando el asiento que poco antes habia dejado:—Así es que, no bien se ha marchado la persona que interrumpió la relacion en el punto mas interesante, he venido á tener el gusto de escu-

char de sus lábios la conclusion de ella, si es que vd. se digna complacerme continuándola.

—Con suma voluntad y placer voy á tener el gusto de obsequiar el justo deseo de vd.

—Mil gracias por su buena disposicion.

Soledad, para traer á la memoria todos los acontecimientos, y colocarlos en el órden en que debia relatarlos, meditó un momento.

Don Felipe se dispuso á escuchar atentamente.

Habia sospechado que la afliccion de la extranjera, la herida de su hijo, y los gritos y lamentos escuchados por la jóven, habian sido meditados, para que ésta, creyendo fácil salvarse, intentase la fuga, diese lugar á que se travase una lucha con su carcelera, y al verla privada de sentido, penetrase su inícuo raptor á despojarla para siempre de su honor.

Esta idea le tenia inquieto y sobresaltado.

Soledad, despues de haber meditado un

instante, continuó de esta manera su interrumpida historia.

—Al caer á tierra por la falta de respiracion y casi extrangulada por la férrea mano de mi carcelera, exhalé un hondo gemido, y creí llegado el último instante de la vida! Pero no sucedió así: al rodar al suelo y verme libre del horrible nudo que oprimia mi garganta, me sentí renacer á la vida, y viendo que mi carcelera se disponia á salir cerrando la puerta, me agarré fuertemente de sus piés impidiéndole andar. Entonces la ví levantar desesperada el pomo para romperlo sobre mi cabeza y matarme acaso; pero cuando se disponia á descargar el golpe, aparecieron un jóven y una venerable anciana de fisonomías francas y simpáticas, seguidos de dos criados que preguntaron lo que sucedia.

—¡Ah! ¡sálveme vd. caballero! ¡sálveme vd. señora!—exclamé yo afligida:—¡No me dejen vdes. aquí! ¡Me tienen cautiva! ¡Anhelan mi deshonor!

—Nada tema vd., señorita;—contestó el jóven arrancándome de los brazos de la ex-

trangera, y conduciéndome al lado de la respetable anciana que le acompañaba.— Si en efecto necesita vd. de nuestro apoyo, puede vd. contar desde ahora con él. ¿No es verdad, madre mia?

Añadió dirijiéndose á la anciana.

—Sin duda alguna.

Contestó la venerable mujer estrechándose contra su corazon para tranquilizarme.

—¡Ah! ¡gracias!

Exclamé yo viendo abierto el cielo de mi felicidad, y en breves palabras les conté la manera con que fuí arrebatada del lado de mi familia.

La indignacion del jóven y de su anciana madre hácia mis raptos fué inmensa.

—¡Señora!—le dijo el primero á la que se empeñaba en retenerme en su poder— hemos salvado la vida de su hijo de vd., y no queremos entregarle al brazo inexorable de la justicia. Cuide vd. de él, y siembre en su corazon principios mas rectos y generosos.

En seguida salimos de la casa que estaba oculta y aislada en un pequeño bosque retirado del camino, á un lado de Tlalnepantla.

Allí nos esperaba un coche tirado por ocho mulas, en que hacian su viaje mis salvadores, acompañados de otros dos mozos mas que estaban á caballo, y perfectamente armados.

—Nosotros vamos á Querétaro;—me dijo la señora:—Salimos de México á las tres de la mañana para llegar á las diez á Cuautitlan. Desde esta poblacion, si á vd. le parece, escribiremos á su familia el feliz encuentro que hemos tenido, para que envíen por vd. al momento.

Llena de placer y de reconocimiento les di las gracias por su generosidad y benevolencia, subimos al carruaje, y echamos á andar seguidos de los cuatro criados que marchaban á caballo.

Durante la travesía, me contaron que, habiendo oido algunos lamentos, violentaron el paso de las mulas para llegar al sitio en

que se oían: que al estar en él, vieron revolcándose en su sangre á un hombre, el cual, despues de decirles que por despojarle de algun dinero que llevaba habian tratado de asesinarle tres ladrones que le asaltaron, suplicó que le condujesen á su casa, como lo hicieron, dejando el coche en el camino, y desmontando dos de los criados para llevarle: que al colocarle en su lecho y disponerse á partir, oyeron los gritos de socorro que yo di, á los cuales acudieron, teniendo el gusto de salvarme.

Yo volví á darles las gracias; y acariciando la consoladora idea de que muy en breve tendria el inefable placer de volver al lado de mis queridos padres, y de escuchar las palabras de amor del hombre que era el bello ideal de mi porvenir, llegamos al pequeño pueblo de Cuautitlan.

No bien desmontamos del coche, nuestra primer diligencia fué escribir á mis padres, y enviar la carta con uno de los criados de mis salvadores, que pudiera responder satisfactoriamente á las preguntas que indudablemente le habian de hacer.

Mi inquietud era extrema.

Mi imaginacion me presentaba el gusto, la alegría, las lágrimas de consuelo que los autores de mis dias verterian al recibir la feliz noticia.

Veia á Nuñez, al sér que idolatraba, sonreir de dicha, informarse anhelante de mi salud, de la mas insignificante de mis palabras, besar los caracteres trazados por la convulsa mano de la mujer destinada á ser su compañera en el penoso viaje de la vida, y no pudiendo contener su impaciencia por verme, pedir un caballo, montar en él, y partir en el momento corriendo en alas del amor y del deseo, á inundarme de abrazos y de caricias.

Don Felipe sintió un desasosiego indecible al escuchar las últimas palabras de Soledad.

La amaba; y aunque es cierto que su alma era generosa y noble, no por esto se podia exigir de él sacrificios que excedieran á la débil naturaleza humana.

Era hombre, y era indispensable que pagase tributo á las flaquezas de todo aman-

te, aunque al fin venciese en él la geniosidad á todo otro afecto.

La jóven, á su vez, conmovida por los recuerdos que despertaban al sonido de sus palabras, sintió agolparse á sus hermosos ojos algunas lágrimas, que despues de temblar un instante en sus prolongadas pestañas como las gotas del rocío sobre el pétalo de la flor, rodaron suavemente por sus purísimas megillas, como fieles intérpretes de su grato dolor y de sus tiernas memorias.

Don Felipe leyó en cada una de aquellas lágrimas el poema de eterno amor grabado en el tierno corazon de aquel ángel de pureza y de sensibilidad; poema en que se leia en armoniosa rima, el nombre del venturoso amante que hizo latir por primera vez, y para siempre, el pudoroso seno de la hermosa: idilio amoroso esteriotipado en el alma, y del cual no era ya dable arrancar los caracteres del sentimiento impreso, ni colocar otro alguno que le sustituyera.

Convencido de esta verdad, y respetando la firme constancia del hechicero sér que

idolatraba, hizo un esfuerzo supremo para avasallar sus sentimientos amorosos; supeditó el deseo de ser correspondido, á los fueros de la razon, y ahogando en su pecho hasta la mas ligera emanacion apasionada del alma, contestó con melancólica ternura.

—¡Ah! sí.... la impaciencia de vd. debia exceder los límites de la ponderacion como que esperaba vd. el bien supremo de la vida.

—¡Y sin embargo, mi esperanza se desvaneció como un bello sueño al tronido de la tempestad; como los lindos colores que matizan las pintadas alas de la mariposa al contacto de los calientes dedos; como el porvenir del niño que sonrie á las caricias maternas, y desaparece al duro golpe de la cortante segur de la implacable muerte!

—¡Será posible!

—Sí; D. Felipe: el criado volvió sin que las cartas fuesen abiertas.

—¡Cómo.....!

—Mis padres habian abandonado la ciu-

dad despues de haber vendido varias casas que en ella tenian.

—¡Pero no dejaron dicho, por si acaso vd. parecia, el sitio á que partian?

—¡Nada! ¡absolutamente nada!

—Eso es inconcebible en unos padres á quienes se deben suponer nobles y elevados sentimientos.

—¡Ah! ¡tal vez mi infame raptor se valdria de medios reprobados para hacerles creer que yo habia desaparecido por mi libre albedrio! Sí.... á la infamia, acaso agregaria la calumnia; y donde existia una mujer desgraciada y perseguida, no vieron mas que una hija infame y criminal!

Y Soledad dejó caer su bellísima cabeza sobre el pecho, agoviada con el peso del dolor y del infortunio.

Los recuerdos de una época de felicidad y de ventura, la memoria de sus queridos padres, el sentimiento nacido de la creencia de que su anciana madre la juzgase impura, todo esto, unido á la sensible idea de la infidelidad y desprecio de su amante, le prensaron el corazon, y llevaron á sus ojos

el llanto de los afectos mas íntimos, sumergiéndola en un océano de tiernas, pero amargas meditaciones.

D. Felipe conmovido por la actitud melancólica de la hermosa jóven, se olvidó del profundo amor que le habia inspirado, para no acordarse mas que de consolarla en su extremo dolor.

—Tranquílese vd., hermosa Soledad:— Le dijo con fraternal cariño, tomándola una mano que ella abandonó sin temor, leyendo en la sinceridad del hombre que le habia colmado de beneficios.—Tranquílese vd. Sensible es que una lengua maldiciente haya emponzoñado la existencia de los autores de sus dias haciéndoles dudar de la virtud de su desgraciada hija; pero Dios que lee en el fondo del corazon de vd. . . . que ve su inocencia y sus padecimientos, recompensará liberalmente sus penas y sus desgracias.

—¡Pobres padres míos!

—¡Y nada llegó vd. á saber del hombre á quien estaba consagrada su mano?

—¡Nada! ¡No me quedaban en el mundo

otras personas que se interesasen por mí, que mis salvadores! Al verme afligida y abandonada, la excelente anciana trató de consolarme; me dijo que desde aquel instante me consideraba como hija suya; y continuamos nuestro viaje hasta llegar á Querétaro, en donde su hijo, que no era otro que D. Félix, tenia una gran tienda de comercio.

Allí, para evitar malignas conjeturas y sospechas del vulgo murmurador, convenimos en que pasaria por una sobrina suya; y así, tranquila y obsequiada viví, hasta que atacada mi excelente protectora de una aguda enfermedad, bajó al sepulcro, dejándome recomendada á su buen hijo. ¡Yo lloré la muerte de aquella virtuosa señora como se llora la pérdida de una madre. . . .! ¡Habia sido tan buena para conmigo. . . .!

—¡Y quién no es bueno con la virtud personificada?

Exclamó D. Felipe, prendado de los nobles sentimientos de su sensible interlocutora.

Soledad, dominada por su sentimiento, y

sin fijar la atención en las palabras de D. Felipe, continuó:

—A esta sensible pérdida, pronto siguió otra terrible desgracia, pues no parece sino que las desventuras son cobardes, y andan siempre unidas para atacar simultáneamente al hombre!

—¿Y qué desgracia fué esa?

—Don Félix, llevado de su hidalgo corazón, había fiado sumas considerables á dos personas de su mismo giro, las cuales, metiéndose en otras empresas aventuradas, y no pudiendo salir airoso de ellas, quebraron, arrastrando en su ruina al hombre que les había favorecido.

Don Félix sintió la pérdida de su bienes; mas por mí, á quien se creía en la sagrada obligación de favorecer, que por él mismo.

Animado del noble sentimiento de cumplir con la última voluntad de la mujer que le dió la vida, me dijo que pensaba venir á México, donde fácilmente encontraría una colocación que le proporcionase los medios de atender á mis necesidades.

—¡Oh!—exclamó D. Felipe arrebatado de entusiasmo:—Ahora le quiero como nunca le he querido.

—Venimos, pues, á México; alquilé una humilde, pero aseada habitación; hallé un excelente destino en la recomendable casa de vd. donde ha permanecido hasta hoy tratando de corresponder á la generosidad del mejor de los amos. Yo, temiendo nuevas persecuciones de mi incógnito enemigo, y sospechando que mi raptor podría dar conmigo, cambié mi nombre de Adela por el de Soledad, y no salía de mi casa, sino los días de oír misa, y eso muy temprano, para evitar un desgraciado encuentro. Esta es mi historia, D. Felipe. Ahora que conoce vd. el secreto de mi corazón, juzgará si soy acreedora á su desprecio, ó digna de su compasión!

—¡Oh! ¡la felicidad de vd. me interesa aun mas que la mía propia! ¡Amaba á vd! ahora, ¡la amo y la respeto! ¡También los sacrificios tienen su recompensa y su placer! ¡Yo hago el sacrificio de mi amor, y mi alma experimenta las delicias que propor-

ciona el cielo á toda buena accion! ¡Desde hoy vivirá vd. en mi casa, como si fuese vd. una hermana.... una hija....!

—¡Gracias! ¡gracias, D. Felipe!

Exclamó enternecida la hermosa, y las lágrimas de la inmensa gratitud que rebo- saba el pecho, rodaron por sus mejillas.

—¿Y no ha vuelto vd. á ver á Nuñez?

—¡Sí señor! ¡le he visto otras dos veces!

Y Soledad le contó cuanto el lector co- noce ya.

—¡Oh! ¡es inconcebible ese cambio! No; yo indagaré dónde vive; le veré, le hablaré, sabré la causa que abriga para este rom- pimiento.... tal vez sea una calumnia....

—¡Sí! ¡mil veces he llegado á sospechar que le han indispuerto contra mí!

—Pronto lo sabré. ¡Adios, hermosa Sole- dad, adios! Ponga vd. su confianza en el cielo.... Perdone vd. el disgusto que le haya causado mi inoportuna declaracion amorosa, y donde temia vd. acaso encon- trar un amante egoista, no vea vd. desde hoy mas que un amigo sincero, dispuesto á sacrificarse por su felicidad.

Y D. Felipe, profundamente conmovido, salió de la pieza al pronunciar estas pala- bras.

Al cruzar el corredor se encontró con Félix.

—Acabo de saber, le dijo, lo que sufre por su amor la desgraciada Soledad.

—¡Cómo!

Exclamó sorprendido el dependiente.

—Sí; acabo de escuchar de su boca la parte mas triste de su vida, su raptó, la manera con que vd. la salvó de la casa en que esperaba de un momento á otro su deshonra; la generosidad con que vd. y su anciana madre la cuidaron; sus sacrificios por ella; el justo motivo para darse el títu- lo de primos y cambiar el nombre de Adela por el de Soledad; en una palabra, todo cuanto tiene relacion con su existencia.

—¡Dios mio!

—Nada debe vd. temer, D. Félix: lo que vd. ha hecho, le ensalza á mis ojos, y le hace digno de mi consideracion y de mi amistad. Yo la amaba; soñé en la felicidad

de ser correspondido; pero desperté á la realidad y al convencimiento de que no puede ser feliz conmigo.

—¡Ni con nadie en la tierra!

Contestó Félix con sentimiento.

—¿Ignora vd. que existe un hombre á quien ama?

—Lo sé; y por lo mismo conozco que ya no puede ser feliz en el mundo.

—¿Y por qué no? ¿Porque ese hombre le ha olvidado? ¿Porque una calumnia acaso le ha hecho renunciar á la mujer mas pura y mas hermosa que cobija el limpio pabellon del cielo?

—¡No señor!

—Pues, ¿por qué causa?

—Porque ese hombre.... ¡ha muerto asesinado.....!

Pronunció en voz baja D. Félix.

—¡Asesinado.....!

Exclamó D. Felipe; y él y su leal dependiente se estremecieron.

Entre tanto la hermosa Soledad, henchida de placer por el buen resultado que habia alcanzado su ingenua confesion, se di-

rijó al sitio en que guardaba el retrato del hombre que idolatraba; tomó en sus delicadas manos la preciosa miniatura; fijó amorosa en ella sus azules ojos, humedecidos de tiernas lágrimas; lo estrechó contra su palpitante corazon; y volviéndole á mirar enternecida, exclamó con acento conmovido y mas dulce que el murmurio de la brisa: “¡Yo te perdono tu ingratitud! ¡Te amo á pesar de tus desprecios.... de tu crueldad... de tu olvido....! ¡Ah! ¡Dios te haga tan feliz como tú me haces desgraciada! ¡Nuñez! ¡Nuñez! ¡Tuya, ó de nadie.....!